

quemados sus cadáveres, y esparcidas las cenizas al viento.

15. San Francisco de Paula, fundador de los religiosos mínimos, murió en Francia á 2 de Abril de 1507, en el convento de Plessis de las Torres (1). Ocho dias antes habia sido confirmada su regla en la última forma que acababa de darla despues de algunas variaciones. Supo con tanta certeza que estaba muy próxima la hora de su muerte, que no quiso recibir ningun alivio ni socorro humano, diciendo que todo lo que se hiciese seria inútil y contrario á los designios de Dios. Despues de exhortar á sus discípulos á la caridad fraterna, al amor de la regla que habian profesado, y particularmente á la exacta observancia de su cuaresma perpétua, mandó que le llevasen á la iglesia, donde, con una cuerda al cuello y los pies descalzos, recibió la comunión. Murió en el dia siguiente, que fue viernes santo, á los noventa y un años, habiendo manifestado en su muerte, del mismo modo que en el discurso de su larga vida, cuánto amaba la virtud de la humildad, que es la basa de todas las demás.

Parece que el cielo quiso demostrar especialmente en su siervo la verdad del oráculo del Evangelio: *el que se humilla, será ensalzado*. Francisco de Paula, de humilde nacimiento, sin bienes de fortuna, y sin conocimiento de las cosas del mundo, fue quizá el mas sinceramente honrado entre todos los hombres, el mas deseado de los grandes, y el mas rodeado de

(1) *Bolland. Sc. Baill. ad 2. April.*

su grandeza. Tres Monarcas franceses, en cuyos reinados pasó una gran parte de su vida este obscuro y santo calabrés, le honraron á porfía. Luis XI se tuvo por feliz al ver que este santo hombre, como él le llamaba siempre, cedió por fin á sus repetidas instancias. Carlos VIII quiso que fuese padrino del Delfin; y Luis XII le visitaba con frecuencia, y le hacia varias espresiones de cariño. Todos tres protegieron y favorecieron á los discípulos del mismo modo que lo habian egecutado con el maestro: lo que contribuyó infinito á los rápidos progresos que hizo esta órden en Francia y en toda la cristiandad. Las virtudes de Francisco, acrisoladas, por decirlo así, y canonizadas en vida por los cortesanos juiciosos, los cuales no le daban otro nombre que el de siervo de Dios, y sus muchos y ruidosos milagros, cuya narracion ocupa obras voluminosas, fueron causa de que en tiempo de Julio II se hiciese la súplica de que se le colocase solemnemente en el número de los Santos: lo que se egecutó tres años despues de su muerte, en el Pontificado de Leon X. Su cuerpo se conservó entero en la iglesia de Plessis, hasta que los calvinistas manifestaron su furor impío contra la Religion católica, consumiéndole en una misma hoguera con el *Lignum Crucis* de aquella iglesia. Aseguran que se sacaron de las llamas la mayor parte de sus huesos.

16. En el mismo mes en que murió San Francisco de Paula, sanó tan repentinamente la Princesa Claudia, despues de haber hecho oracion por su salud

en el sepulcro del Santo, que toda la corte miró esta curacion como un milagro. Aunque siempre era muy apreciable la vida de aquella Princesa, lo era entonces mucho mas, porque acababa de desposarse con el conde de Angulema, heredero presuntivo de la corona, despues de haber sido prometida al duque de Luxemburgo. Era heredera natural del ducado de Bretaña, y se la habia ofrecido dejarla tambien el ducado de Borgoña, las conquistas de Italia, y algunas otras posesiones bastante considerables: lo que obligó á los grandes á pedir que se convocase á cortes para deliberar acerca de un asunto tan importante al imperio francés. En efecto, se celebraron las cortes en la ciudad de Tours, y todos los que concurrieron á ellas, apelaron unánimemente al corazon paternal del Rey contra la primera obligacion ó empeño, tan perjudicial á la patria. Las cortes de Bretaña unieron su voto al comun parecer de la Francia; y Luis XII, que pagaba á sus pueblos el amor que estos le profesaban, cedió sin dificultad, luego que se le hizo ver que el empeño que habia contraído era efecto de una sorpresa, que no podia enagenar de aquel modo los bienes de la corona, y que todo contrato que se opone á una obligacion natural é indispensable, es de ningun valor y efecto. De consiguiente quedó resuelto el matrimonio del conde de Angulema con la Princesa: y aunque parecia que era de temer el resentimiento de la casa de Austria, no pudieron menos de estimar aquellos Príncipes la sábia y justa política de la Francia. Poco despues formaron con ella y con las

potencias de Italia una liga formidable contra los venecianos.

17. Embriagada Venecia con su gloria y con su rápida elevacion, se habia aprovechado de los continuos disturbios de Italia para apoderarse de lo que mas la pareció convenirla en toda la estension de aquel pais (1). Destruido el poder del duque del Valentinesado, se apropiaron todo lo que pudieron coger de sus despojos, sin respetar el patrimonio de la Iglesia, en el que debian refundirse naturalmente (2). Habian usurpado al imperio las ciudades de Padua, Verona, Treviso y Roveredo, con todo el Friul. El Rey de Francia la pedia la restitucion de Brescia, Bérgamo, Cremona y otras muchas posesiones antiguas pertenecientes al ducado de Milán. El Rey de Aragon solicitaba la devolucion de Brindis, Otranto, gran número de plazas menos considerables, y muchos puertos escelentes que ocupaban en el reino de Nápoles. Julio II, muy celoso de la grandeza temporal de la santa Sede, fue el primero que se empeñó en sostener sus pretensiones. Despues de haberse insinuado con los venecianos en los términos mas moderados, pero sin conseguir ningun fruto; trató sériamente de formar una liga entre todos los Soberanos que tenian motivo para quejarse, como él, de las usurpaciones de Venecia. Como sabia que Luis XII estaba muy apasionado por la Italia, envió desde luego un nuncio á Francia, donde fueron aceptadas inmediatamente sus proposiciones casi sin ninguna

(1) *Machiao. l. 6.* (2) *Guich. l. 18. = Mar. Fer. Bellefor.*

reclamacion. Igual acogida hallaron con el Emperador Maximiliano y con Fernando, Rey de Aragon. Se ajustó, pues, la liga famosa de Cambrai, cuyo nombre tomó del lugar donde se reunieron los ministros de los principales Soberanos. No quiso firmar el nuncio, diciendo que no tenia plenos poderes para ello; pero el cardenal de Amboise firmó por el Papa, con el título que tenia de legado suyo en Francia. A escepcion del gran Manuel, Rey de Portugal, ocupado únicamente en estender su gloria y su religion por el Nuevo-mundo, todos los potentados de Europa tomaron parte en esta guerra; con la esperanza de repartir entre sí los despojos de aquella república, á la cual miraban ya como aniquilada. Para mover á los florentinos á que se declarasen tambien contra ella, se les abandonó la ciudad y la república de Pisa. A los demás Príncipes de Italia les bastó el honor de que se hiciese mencion de ellos, para subscribir gustosos á la voluntad de los Monarcas coligados.

Aunque no desaprobó el Papa lo que habia firmado en su nombre el cardenal de Amboise, dió á entender con su conducta que no se habian interpretado muy bien sus intenciones, y que si presentó tantos actores en la escena, fue solo para lograr sus fines particulares, los que volvió á proponer á los venecianos, luego que los creyó suficientemente intimidados. Efectivamente, lleno de consternacion el senado, hubiera accedido á la demanda del Papa, reducida á la restitution de Rimini y de Faenza, si con este sacrificio hubiera podido prometerse la pacífica posesion

de las demás conquistas; pero juzgó que el Pontífice tenia otras miras, y que despues de haber conseguido las dos ciudades con que fingia contentarse, pediria otras muchas. Por consiguiente no quiso convenirse con Julio, y aceptó el Pontífice la liga de Cambrai.

18. Uno de los artículos de este tratado decia que el Rey de Francia habia de dar principio á la guerra. Varios incidentes le impidieron pasar los Alpes con la prontitud que deseaba, y que promovia el Papa con mas empeño que otro alguno; pero luego que atravesó los montes, se echó de ver que venia un enemigo terrible, con la toma de Treviglio, y la prision del noble Justiniano Morosini, que era el gobernador de la plaza; con las correrías de las guarniciones francesas de Laico, Lodi y Plasencia, y con el destrozo que hicieron hasta las mismas puertas de las mejores fortalezas de la república. Solo esperaba Julio II el estruendo de la artillería de los franceses para fulminar los rayos del vaticano. Al momento espidió un monitorio concebido en los términos mas terribles, pues intimaba en él á los venecianos que reparasen sus malyersaciones y atentados en el espacio de veinticuatro dias, y que restituyesen los territorios que habian usurpado, como tambien los frutos percibidos, pena de entredicho, y de quedar autorizado cualquiera para apoderarse de sus bienes, y reducir á los mismos venecianos á la condicion de esclavos, sin que se les pudiese dar auxilio ni asilo, pena de incurrir en iguales censuras. Pero el senado apeló del Papa al concilio, como lo habia hecho en otras ocasiones, y

espuso que el Pontífice salia de los límites del poder paternal, y enteramente espiritual del Vicario de Jesucristo. Luego que Julio tuvo noticia de esta apelacion, la condenó por otra bula, en la que manda que todos los que la violen ó aprueben su violacion, sean tenidos por cismáticos y hereges; los declara incurros en todas las penas que contiene, y quiere que sean precipitados con Datan y Abiron en el abismo infernal.

Entretanto daban los franceses otros golpes mas terribles. Despues de haberse apoderado de algunas nuevas plazas, y de haber dado algunos combates particulares, procuraron reducir al enemigo á una batalla campal. Pasaron el Adda casi á su vista, sin que tratase de disputarles el paso. Pero hallándose en una posicion muy ventajosa el ejército de Venecia, que constaba de cuarenta mil hombres, y no teniendo el Rey mayor número de tropas, creyó que no debia aun acometerle: y hubo algunos generales franceses que fueron de dictámen que era necesario esperar para esto la llegada de las tropas imperiales. No obstante, habiendo obligado á los venecianos á salir de sus atrincheramientos, insultando algunas de sus plazas, se arrojaron los franceses sobre la retaguardia, é insensiblemente fue haciéndose general el combate. Al principio tuvieron los venecianos alguna ventaja, y esto mismo fue la causa de su derrota. En el primer choque arrolló su infantería á la francesa, y se lisongeaba ya con la esperanza de una victoria completa; pero la artillería de los franceses, que estaba oculta

entre unas malezas, hizo un fuego tan terrible que desbarató en un momento las huestes enemigas. La caballería, que aun no habia entrado en batalla, se precipitó entonces entre aquella confusion y desorden, haciendo tan terrible estrago, que solo pensó el enemigo en huir del campo funesto, en que dejaba ocho mil muertos. Su general, el célebre Albiani, fue derribado del caballo, perdió un ojo de una lanzada, y quedó prisionero (1). Los oficiales mas distinguidos que lograron salvar la vida, perdieron tambien la libertad. Toda la artillería y bagages cayeron en manos de los vencedores, los cuales no llegaron á perder quinientos hombres, ni un solo oficial de graduacion. Este fue el éxito de la memorable jornada de Agnadel, llamada así por razon de la aldea en cuyas inmediaciones se peleó el dia 14 de Mayo del año 1509. Viéndose vencedor Luis XII, se apeó inmediatamente del caballo, y se postró en el campo de batalla para dar gracias al Dios de los ejércitos. Poco despues mandó construir en el mismo parage una capilla dedicada á la santísima Virgen, con la advocacion de Santa María de la Victoria: monumento respetable de la piedad del hijo primogénito de la Iglesia, y tan respetado en efecto, que subsiste todavía.

Habiendo perseguido el Rey á los fugitivos hasta muy cerca de Venecia, mandó disparar quinientos ó seiscientos cañonazos al aire, ó de modo que hiciesen poco daño; pero bastó esto para llenar de consternacion á toda la república. Brescia, Bérgamo,

(1) *Guich. l. 8.*

Cremona y las demás ciudades que se habian cedido al Rey por el tratado de Cambrai, no esperaron á que se las intimase la rendicion, antes bien llevaron casi todas ellas á toda priesa las llaves al vencedor, y fueron á implorar su Clemencia. Pisquiera, que se atrevió á resistir, fue tomada por asalto, y se espieron en ella las barbaries cometidas en Treviglio por sus usurpadores. En diez y siete dias recobró el Monarca francés todas las ciudades pertenecientes al ducado de Milán.

No pararon aquí las pérdidas de la desgraciada república. Despues de haber fulminado Julio II sus anatemas, puso en campaña un ejército que se apoderó de Rávena, de Rímíni, de Cervia, y generalmente de todas las plazas usurpadas á la Iglesia. Cardona, Virrey de Nápoles, hombre inepto y tan apocado, que Julio le llamaba siempre Madama Cardona, no dejó de recobrar todas las plazas y territorios que habian sido antes de aquel reino. Acobardados los venecianos, luego que puso sus tropas en estado de pelear, redujeron sus pretensiones á las islas y pantanos de su golfo, y enviaron órdenes formales á los gobernadores de Otranto, Brindis, Trani, y de todas las plazas de tierra firme situadas en aquel pais, para que las entregasen á los españoles sin hacer ninguna resistencia. Por fin, se apoderó de Trieste el Emperador con muy pocas tropas sin disparar un cañonazo, y volvió á ocupar todas las plazas de Friul. Entre la multitud de Príncipes ó señores de Italia, fueron muy raros los que no consiguieron una satisfaccion

efectiva de los agravios reales ó supuestos de los venecianos.

Se hallaba Venecia en el último apuro, y todos insultaban sin temor á aquel leon meribundo. Pero la salvó el esceso mismo de su desgracia. En el momento en que iba á dejar de existir la primera república de Italia, se estremeció Julio II al preveer las consecuencias de aquella catástrofe: porque los tres grandes estados, con quienes habia hecho causa comun, iban á adquirir en la Italia una preponderancia que acabaria con todos sus Príncipes, y limitaria prodigiosamente su propia ambicion. Estaba disgustado el Papa con Luis XII, y mucho mas con el cardenal ministro que le habia disputado la tiara, por lo que toda su vida le miró como un rival formidable. Por lo demás, ya habia recobrado todas las posesiones de la santa Sede, y no pretendia ninguna parte de los despojos de Venecia. Los venecianos, que se veían sin fuerzas, sin valor, y sin mas recurso que la política ó la astucia, tomaron el partido de abandonarse á la discrecion del Papa. La potencia de Italia que menos caso hacia de los rayos del Vaticano, como lo habia manifestado poco antes, dió la mas humilde satisfaccion á Julio II, el cual les concedió la absolucion y les hizo firmar las condiciones que tuvo por mas convenientes.

19. Mientras que el Rey Fernando estaba ocupado con la guerra de los venecianos, le comunicó Gimenez un proyecto de conquista en África, que le habian presentado con planes exactos de todas las plazas

maritimas que ocupaban en ella los moros (1). El Rey alabó el proyecto, pero dijo que era necesario esperar ocasion para ponerle por obra. Gimenez, que era incapáz de proponer ninguna cosa intempestivamente, lo habia considerado todo con su gran perspicacia antes de determinarse á manifestar sus intenciones: y viendo que no era bien recibido su pensamiento, ó á lo menos que no se egecutaba con la brevedad que él queria, tomó por su cuenta la empresa, y solo pidió la aprobacion del Monarca para atacar á Orán en el reino de Argel, que era la plaza donde veía que las armas españolas podrian coger mas laureles. Consintió Fernando, aunque con algun recelo, por parecerle muy arriesgado el proyecto. No podia menos el Rey de estimar á su ministro, ni de tratar con distincion á un hombre tan necesario, y en prueba del particular aprecio que le merecia, le consiguió el capelo con el título de cardenal de España, cuyo honor no tenia mas que un solo egemplar desde el establecimiento de la monarquía, y le dió el empleo de inquisidor general, superior en cierto modo al cardenalato por razon de sus derechos y privilegios.

Así como Gimenez se encargó de todos los gastos de la espedicion, así tambien pidió que si lograba el objeto que se proponia, habia de considerarse la ciudad de Orán como propia de la iglesia de Toledo, la cual percibiria todas sus rentas hasta verificar el total reintegro de lo que le hubiese costado la conquista.

(1) *Vit. Xim. per Gom. lib. 4.* = *Marian. lib. 29.* = *Chat. tom. 1. pag. 300. &c.*

No hubo dificultad en acceder á una solicitud tan razonable, y solo se trató ya de proceder á la egecucion. Todo lo suministró Gimenez, escepto los navíos y galeras, porque quiso el Rey contribuir por su parte con este auxilio. Los grandes que se esplicaban con mas moderacion trataban su proyecto de quimérico y estravagante; pero el pueblo, que estaba enteramente decidido á su favor, la nobleza ordinaria y los eclesiásticos le ensalzaban hasta las nubes. Ya veían á la España en posesion de las dos orillas del mar, su comercio libre y floreciente en todas las costas, los moros agoviados con las cadenas en que habian gemido los españoles, y el cristianismo restablecido en aquella parte del mundo donde estuvo tan floreciente en otro tiempo. Bastaba esta sola empresa, segun pensaban ellos, para inmortalizar á su autor, aun cuando no tuviese el éxito deseado. Animados de estas disposiciones, contribuyeron todos á proporcion de sus facultades, quién con dinero, y quién sirviendo personalmente en la armada. En particular el cabildo de Toledo mostró tanto celo en promover los designios de su arzobispo, que muchos canónigos vendieron hasta la vagilla de plata y los ornamentos propios de que se servian en la iglesia. De este modo se puso Gimenez en estado de sostener la guerra todo el tiempo que fuese necesario para realizar su proyecto, además de que podia destinar á este fin las cuantiosas rentas de su silla y los sueldos de todos sus empleos. Pero tuvo que luchar con Pedro de Navarra, que mandaba bajo sus órdenes la armada de